

Joe Barcala



Lujuria en la Sotana
novela

TRILOGÍA HEREJÍAS

- El sacerdote ateo
- Lujuria en la sotana
- Confesiones Sacrílegas

Agradecimientos: Edgar González, Diana Castro, Paola Micelli.
Diseño de portada: Vianney Hernández

Derechos reservados Copyright 2018 ©. No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su uso en cualquier forma o medio – Electrónico o mecánico – incluso fotocopias, grabaciones, o por Cualquier otro sistema para guardar o extraer información, sin previa Autorización escrita del autor y de la editorial.

Toda pregunta se debe enviar a:
14 sur 2101-C Col. Bellavista, Puebla, Pue. México.

Derechos reservados en 2018 por José Luis García Barcala.

ISBN: 9781799241010

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro sin autorización escrita del autor y de la editorial.

www.JoeBarcala.com

Me gustaría que un libro no se diese a sí mismo ese estatuto de texto al que la pedagogía o la crítica sabrán reducirlo, sino que tuviese la desenvoltura de presentarse como discurso: a la vez batalla y arma, estrategia y conflicto, lucha y trofeo o herida, coyunturas y vestigios, encuentro irregular y escena repetible.

—Michel Foucault

A Sandra, Sandy y Azul.

Lujuria en la sotana es una obra literaria y por tanto pertenece al género de ficción. Cualquier parecido con la realidad es meramente intencional.

Muchos de los sucesos narrados, personajes y ambientes descritos en la presente obra provienen de información recabada por el autor con las adecuaciones necesarias para dar dramatismo a la historia.

Primera parte

El Domingo de Resurrección por la madrugada, al tropezar por las escaleras del claustro para retiros del templo colonial franciscano, el Reverendo Eusebio Fosalba hizo un hallazgo macabro en el patio central. El convento, construido por Fray Juan de Rivas entre 1530 y 1590, en plena época de la conquista española sobre los nativos de América, facilitaba, con su silencio, la meditación de los religiosos. Ahí, rodeado de obesos muros y obleas de piedra de los pasillos, respiró el aire histórico que supuró una desgracia. Era el día final del retiro de jóvenes seminaristas con duración de una semana y acabó mal, muy mal. Cansado por dormir pocas horas, no atinó a caminar correctamente. Le dio nostalgia también llegar al fin de un encuentro maravilloso, lleno de paz y alegría. Subió para despertar con la campana a los participantes.

Podía apreciarse el reloj de sol grabado a un costado del templo sobre una piedra en torno al patio del claustro; aún no marcaba la hora, pues el astro rey no asomaría sino pasadas las 7 de la mañana. Los jóvenes dormían en las galerías, luego de una noche de celebración. Terminaban así con los tres días de silencio reflexivo por la pasión y muerte de Jesucristo.

Una vez más, los pies de Eusebio tropezaron cuando alcanzó el final de la escalera. Los viejos peldaños eran irregulares y a tan temprana hora, era fácil olvidarlo, como si los escalones no desearan que el Reverendo llegara a la segunda planta o como si cambiaran caprichosamente su elevación para hacerle caer.

«¿Qué me pasa hoy?» Parte del sueño aún nublabla su cuerpo. El ambiente casi nocturno, apenas derribado por la alborada inminente y las tímidas lámparas de los pasillos que él encendió desde el

control bajo las escaleras, en gigantescos faroles de hierro forjado y opacados por el sarro o la suciedad de las palomas, vio nublado su camino, a punto de besar el suelo como tantas veces lo hizo el Papa Juan Pablo II al llegar a cada lugar que visitaba, aunque por motivos diferentes.

Sus ojos no podían creer la escena que presenció cuando alcanzó la altura necesaria y encontró al joven Andrés pendiendo de una soga, arrojado al vacío del patio desde la azotea. Estaba completamente desnudo y asomaba entre las columnas del pasillo.

El muchacho tenía un cuerpo perfecto, juvenil, lozano, suficientemente musculoso, pero helado, sin vida. «¡Anoche estaban tan felices!» Eusebio casi desmaya al empezar a recibir en su cabeza las imágenes que recordó de la velada previa, cuando todos reían, celebrando la Resurrección, la Vigilia Pascual que derribó el período de silencio impuesto los últimos tres días de ese retiro espiritual.

«¿Qué demonios pasó aquí?»

Obtuso ante los acontecimientos, Eusebio no pudo más que soltar un par de lágrimas. Andrés fue siempre un muchacho ejemplar. Personalmente dio seguimiento a su vocación unos años atrás. En aquel entonces, estudiaba el último año de su bachillerato en el colegio Matienzo; Andrés, como todo joven de su edad, amaba compartir su tiempo con los amigos, jugaba baloncesto, tocaba la guitarra, participaba en obras de teatro y también se enamoró de una chica llamada Giovanna.

Un viernes primero de mes, luego de la eucaristía para obtener indulgencia, Eusebio llevó al grupo de Andrés al rincón de una jardinera dentro de la escuela. Ahí platicó con ellos sobre las vocaciones y terminó convenciendo a más de uno, entre ellos a Andrés.

—Jesús espera mucho de ti—y remató— ¿Qué le vas a responder?

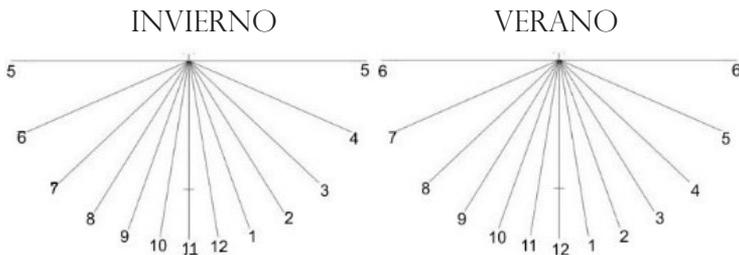
Andrés, hijo de una familia adinerada, tez blanca y rasgos finos, pestañas onduladas, cabello brillante, lacio y dócil, cejas pobladas y nariz respingada, se acercó con Eusebio al terminar la charla grupal y ambos se sentaron en otra jardinera bajo la sombra de un alto pino a platicar más detalles sobre su vocación. Por eso decidió ser un dominico como él.

Luego de la escena que Eusebio presenció el domingo de Resurrección en el retiro del claustro franciscano, lamentó varios minutos la decisión de Andrés por suicidarse aquella madrugada de

luna llena, misma que no podía apreciar por quedar del otro lado del templo, pero que disfrutaron en su esplendor la noche anterior.

«¿Y si no fue un suicidio?», se preguntó aterrorizado. Cada vez que repasaba un recuerdo se dolía. Un arremolinado terror le invadía, su frente sudaba y cada célula se estremecía. Consideró los motivos que llevaron a Andrés a quitarse la vida. También pensó que quizá fue muerto por un compañero, uno de los otros sacerdotes, los líderes evangelizadores que organizaron el retiro o posiblemente un empleado del claustro franciscano, tal vez para ocultar un accidente en el jardín librándose de verse involucrado. Eusebio derramó dos lágrimas más. Su corazón palpitó de súbito al pensar en los padres del joven, en su hermanita, en sus amigos y compañeros que por cuatro años compartieron momentos inolvidables dentro del seminario.

Luego pensó descolgarlo, pero él solo no podría hacerlo. La soga pendía de una gárgola de piedra que servía de desagüe a la azotea en la esquina más cercana a Eusebio, justo al final de la escalera. El patio central del recinto religioso tenía cuatro jardineras esquinadas que rodeaban una cruz de piedra de la altura de Eusebio, en el centro, en lugar de la típica fuente colonial. Atrás de la cruz, mirando hacia el templo adyacente, se encuentra el reloj de sol grabado con las horas desde las cinco y seis de la mañana hasta las cinco y seis de la tarde. La sombra sobre los números indica la hora, claro, aproximada, y que los cambios de horario vinieron a desvirtuar. Por eso, junto al de piedra, la administración de la casa de retiros ordenó la impresión de un reloj nuevo, ahora sobre un aplanado de concreto, con las leyendas distintivas.



De ese modo, la gente podía seguir traduciendo la hora del día que vivían. Una semana antes cambió el horario, cuando ellos ya estaban en el retiro. Los sacerdotes acostumbran quitar los apar-

tos modernos o tecnológicos a los participantes de sus retiros, para introducirlos de lleno en un ambiente de meditación. Por eso se les llama “retiros”. Justo muy cerca del reloj de invierno, yacía Andrés, suspendido de una soga por el cuello. Aún el rostro mostraba su nobleza, esa fachada del cuerpo que portó mientras vivía y con la que muchos rieron y gozaron por su extraordinario carácter, capaz de irradiar confianza, armonía, seguridad. Una especie de ángel encarnado. Por lo mismo, Eusebio lloró de nuevo, recordándole apenas unos días antes, cuando llegaron a la casa de retiros y se saludaron al encuentro en la puerta:

—¡Qué gusto me da ver tu guitarra! —señaló Eusebio al verle cargando, junto con ella, su mochila.

—No sabía que usted estaría en el retiro, Reverendo Eusebio, ¡no sabe cuánto disfruto sus charlas!

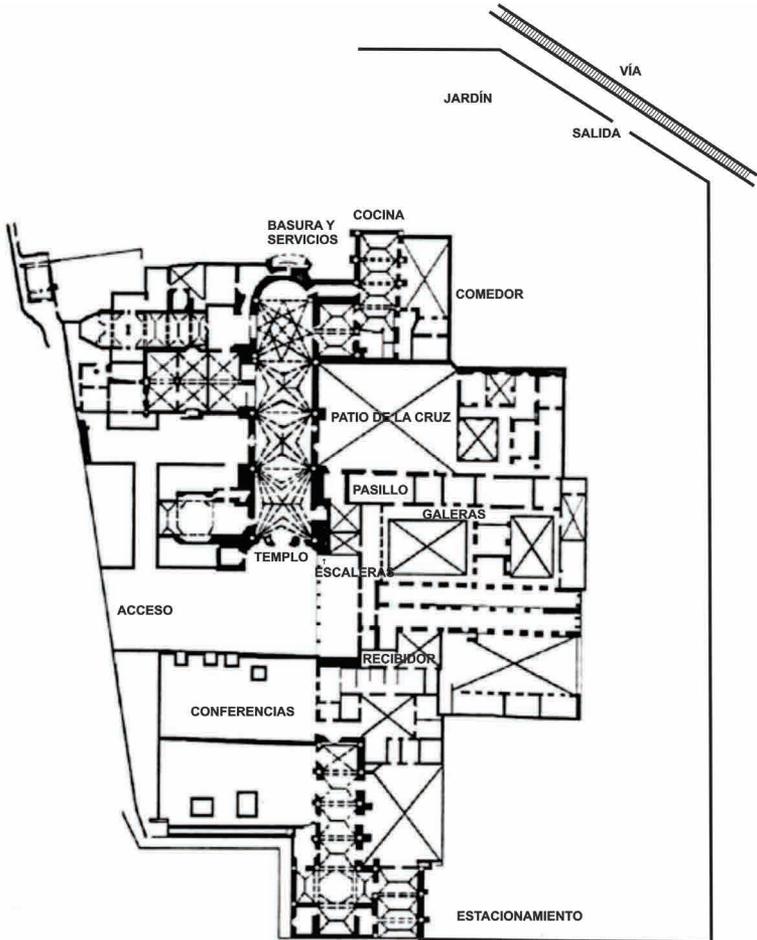
Se dieron un fuerte abrazo que los encontró de nuevo, pues vivían en la misma casa, la pastoral de los dominicos; la añeja amistad conservó su magia desde que el chico estudiaba la preparatoria. Ahora, Andrés estaba a unos meses de graduarse del Filosofado, para cursar posteriormente el Teologado. Ya era un joven más maduro, seguro de sí mismo, ameno en sus charlas, bastante más cultivado, no sólo en los asuntos religiosos sino también en historia, arte, ciencias y demás materias que cursan en los primeros cinco años de formación sacerdotal. Le encantaba leer y documentarse, pues ya desde un año antes impartía cursos de evangelización en la parroquia Reina del Cielo, donde el padre Nemesio, íntimo amigo de Eusebio, desempeña su ministerio.

—Me invitaron los jóvenes y no aceptaron un «no» por respuesta. Ya conoces mi apretada agenda; pero, a decir verdad —camina-ban por el largo patio cargando su equipaje—, en la Semana Mayor, no hay un solo sacerdote que quiera escuchar mis necesidades; están todos muy ocupados con la organización del Domingo de Ramos, el lavatorio, el Viacrucis y sobretodo la Vigilia Pascual; siempre me quedo solo. También he de confesar que a mí no me va bien el color morado ni las grandes concentraciones de personas.

La piel de Eusebio sobresalía en salud. Sus casi 60 años de edad no se mostraban por ninguna parte. Ya asomaba canas que apenas le dibujaban un listón blanco rodeando los oídos. Mirar sus ojos era una experiencia inquietante, como si quisieran penetrar la intimidad a quien veía. Al mismo tiempo, con un don de gentes innato,

inspiraba confianza, un deseo profundo por saludarle y admirar su gran atractivo personal. Carismático como pocos en su ambiente, arrancaba risas y provocaba páginas enteras de reflexión e inspiración espiritual.

—Me alegra mucho convivir con usted toda esta semana, Reverendo Eusebio. Así le quitamos el sabor a penitencia que llegan a tener estos retiros.



Carcajearon mientras ingresaban desde la calle Madero, por el pasillo empedrado, hacia el templo. Siguieron caminando para acceder a la zona del claustro y, pocos pasos adelante, estaban cruzando los portales que rodean el patio central. Arriba de ellos se en-

cuentran las habitaciones, pero el Padre Gilberto les detuvo ahí. Era menester esperar a los evangelizadores que organizaron el retiro para ubicar a cada uno en su camastro y así, ellos, poder acomodar sus objetos personales. Esos primeros minutos no fueron de grandes escándalos, como sí lo eran las veladas, que se distinguían por borlotes continuos, gastando la energía de las cenas en el comedor, ubicado al fondo, al otro lado del patio.

Eusebio, helado del susto, buscando en su interior aquellos recuerdos, ahora dolorosos y desgarradores frente al cuerpo sin vida de Andrés, no tomaba aún la decisión de anunciar la tragedia. Los demás jóvenes dormían en las galeras que tenía atrás de él. Los evangelizadores descansaban más allá, a la vuelta del pasillo arqueado. También dormían sus compañeros sacerdotes, el Padre Gilberto y el Padre Martín, en sus cuartos individuales, cerca de la entrada del comedor, en la planta baja. Subió porque la campana para llamar a la gente se accionaba desde, precisamente, la misma esquina donde Andrés, en una macabra escena, perdió la vida.

«¿Qué pudo pasarle? No entiendo por qué razón él, tan alegre, tan entregado a su vocación, dispuesto al servicio, inteligente, desinteresado, atentó contra su vida. Si teniendo todo en casa, decidió abandonar los lujos y comodidades para entregarse al amor de Dios, ¿por qué optó por una salida cómoda?»

Reflexionando sobre la tragedia, era fácil pensar que Andrés no se había suicidado; desgraciadamente para ello tenía que especular en un infortunio aún mayor: el homicidio, involucrando seguramente a otro de los asistentes a ese retiro, con lo cual no perdía un alma, sino dos. Procuraba no mirar el cuerpo de Andrés, cuya belleza, desde cualquier ángulo podría ser, sin duda, admirado. Masticó esas ideas por un rato. El estudio y veneración de la estética del cuerpo humano data ya de muchos siglos, desde las esculturas griegas y romanas. El David, esculpido por Miguel Ángel es, obviamente, la más admirada de todas las piedras talladas representando la proporcionalidad y delicadeza de la figura humana. Desde entonces, y mucho antes también ocurrió, esa edad juvenil causa la envidia de los otros hombres y la admiración de las mujeres, además de muchas variaciones.

Los escándalos papales de los siglos X al XII generaron el rechazo a la desnudez, la embriaguez y los bajos instintos. De ahí a la fecha, las sociedades prefieren el pudor y se alejan en todo lo posi-